

compaz, y sonóras voces, que á ninguno pareció larga, porque todos quedaron sorprendidos de la melodía.

Cantò despues la Missa con toda solemnidad el Señor Dr. D. Vicente Ronderos, Canonigo de la Santa Iglesia, que con el mayor gusto, y aprecio se encargò del Altar, no solo el dia del Entierro, sino tambien en este de las Funerales Exequias.

Acabada la Missa, ocupò el Pulpito un Orador tan singular, y de tanta Fama, que basta decir su nombre, para que venga no solo en el conocimiento, sino en la admiracion de todos. Dixo tantas, y tan escogidas cosas, dela vida, virtudes, obras, y favores, que Dios hizo à la Sierva de Dios M. R. Madre Priora, y las dixo con tanta claridad, gracia, y juicio, que todos pendientes del Orador daban mil gracias à Dios, por la mucha, que avia dado à su Sierva para executarlas; y al M. R. P. Mrò. Fr. Juan de Villa Sanchez, para decirlas. Se imprimiò el Sermon, donde las podrá leer, el que no tuvo la fortuna de oirlas. Era muy debido, que Oracion Funebre tan perfecta, quedasse muy bien impressa, para norma en el assunto, como lo puede ser en todos este Esclarecido Hijo de la Guzmaná Familia. Siguiéronse despues los Responfos, con los que se concluyò esta funcion solemnissima; salieron todos alabando à Dios, como enfalza, y premia, aun en esta vida, à los que con empeño le sirven. Crèo no faltaria quien repitiesse el Decreto del Rey Afuero, y dixesse: assi debe ser honrado, aquel à quien el Rey de los Reyes quiere honrar. Y si assi honra en este valle de lagrimas, què honras, què premios no gozaria, y eternamente gozará, como quanto cabe en una se humana podemos creer en la Patria Celestial? Desde allí estará atendiendo al Ilustrissimo Principe su honorador; à la Ciudad de los Angeles su dulce Patria; à

su

com-

su querido Convento de Santa Rosa, que à costa de tantas ansias, lagrimas, oraciones, y sufrimientos, consiguiò, fundò, arreglò, y animò con el tuego de su espiritu: à todas, y cada una de sus Hijas; para que la figan, la imiten, y cada dia mas crezcan en virtud, y perfeccion. A este fin tratarà el siguiente Libro muy en particular de sus virtudes.

LIBRO TERCERO

De las virtudes de la Venerable Madre
Priora Maria Anna Agueda de
San Ignacio.

Quien vè un Jardin, goza de la multitud, y variedad de las flores; pero sin poder hacerse cargo de la hermosura de cada una, y de la diversa fragancia, que exhala. Para esto es necesario ir las cogiendo de por sí, observando los primores, de que se compone, y la particular fragancia, que despide. Se hà visto el vergel de la vida de la Sierva de Dios Madre Maria Anna, abundante de las bellissimas flores de todas las virtudes; pero muy en comun, y por junto. Se tratarà aora de cada una en particular; para descubrir mejor los primorosos apices de perfeccion, con que la practicò. Se echarà bien de vèr quanta fue esta, en que no serà facil decir, qual fue, en la que mas se aventajò, ò en la que se esmerò mas: al leer cada una, parecerà ser aquella, mientras que no se passa à leer la que se sigue; porque entonces se formará de ella el mismo parecer.

CA-

CAPITULO I.

De su rara Humildad.

ES la humildad el cimiento de la fabrica espiritual; y quanto esta hà de ser mas elevada, nos aconseja San Augustin, y es conforme à reglas de buena Arquitectura, que debe ser mas profundo, y solido el fundamento: porque de otra fuerte todo parará en ruina, como casa levantada sobre moyediza arena. Todos los pensamientos de la Madre Maria Anna, desde muy pequeña, fueron siempre de ser santa. Si leia, ò veia pintados los Anacoretas en los Desertos, desseaba ser solitaria, y para esto apenas de cinco años tenia prevenido faco; para irse à la soledad, y solo la piedad para con sus Padres, de no darles pesadumbre con su ausencia, la hizo desistir del intento. Quando convaliente de las viruelas, era su diversion, dando de mano à los juguetes de niña, ponerse en cruz sobre su cama, pensando, y deseando tener la dicha de morir por Dios, yà con este, yà con otro de los martyrios, con que sabia avian muerto los Martyres. Al leer las vidas de los Santos, se animaba en gran manera à imitarlas, como imitó à Santa Catharina de Sena, à Santa Rosa de Santa MARIA, aun en los mayores rigores de penitencia. Al tomar el Abito fue su mayor consuelo la segura esperanza, que sentia de ser una santa. Con estos pensamientos, y desseos de ser santa, y con una santidad sublime, y elevada; què cimientos tan profundos de humildad no eran necesarios? Con quantas veras los abrió, y solidò su cuidado. Si se refleja sobre lo que queda dicho, se hallará, que esta vir-

tud

tud le fue como innata, y congenita, allanandole su Magestad el camino, para que mejor la consiguiera.

Perdieron sus Padres el caudal, y con esto nació en pobrezas, desdichas, y desamparos. Apenas salió à luz, quando con su tierna manecita buscaba, y hallando un paño se lo arrimò à la cara, tapandòsela con él, con quanta fuerza pudo; como corrida, y avergonzada de aver nacido, y tener ser en el Mundo. A los tres años ya pensaba, y se decia à sí misma: este nombre de MARIA, que me han puesto, sobre què caè? Si yo soy la misma nada? Se encogia toda à qualquier cariño, que le hicieran, y se avergonzaba de que otras niñas la acompañassen, ó se juntassen con ella; porque si era nada, ningun aprecio, y solo ser despreciada merecia. Yà grandecita le oyò decir à una persona, que se avia estado acordando de ella. Al oírlo se quedò suspensa, y admirada, pensando còmo era possible, que persona alguna ocupara en ella su pensamiento; porque le parecia impossible, que alguna se acordara de la que era la criatura mas indigna, y que estaba de mas en el Mundo. Quanto es menester cabar, y quantas azadonadas es necesario dar, para llegar à este conocimiento proprio? Toda la Sabiduria de Salomon se agotò, y toda vino à parar en este conocimiento que toda criatura es nada. El mismo Jesu-Cristo, le diò esta enseñanza à Santa Catharina de Sena, diciendole: *To soy el que soy; y tú eres la que no eres.* Pues este conocimiento proprio practico experimental, y tan entrañado, que lo contrario era lo que no entendia, y le hacia fuerza; este nació con la Madre Maria Anna, y creció con ella. Este la hizo exercitar siempre los ordenes de sus Confessores, sin replicar, ni discrepar un punto: Estar tan rendida à sus Padres, y hermanos, que no les diò el menor disgusto. Venerar en la Religion en todo à las Ancia-

Tóm. II.

V

nas,

nas, no igualarse con ninguna, y reconocerse por inferior à todas, ayudandolas, y procurandoles el alivio. En llegando à hablar de esta virtud, todos quantos la conocieron, se hacen lenguas, y siempre acaban con exclamaciones, y sentimiento de no poder decir lo que vieron, y experimentaron. Una Religiosa afirmaba ser tan continuo, y tan natural el exercicio de humildad en la Sierva de Dios, como lo es respirar para vivir. Otra que si se huviera de escribir su vida, toda debía ser de su humildad. Otra, que en su oracion era humilde, humilde en el mandar, en el enseñar, y reprehender humilísimas, y assi en todas sus acciones, y virtudes era humilde. Siempre que passaba por delante de alguna Religiosa con dificultad le inclinaba la cabeza, y se iba pensando un rato en las virtudes, que en ella reconocia; con esto se fervorizaba en deseos de imitarla; mas derepente prorumpia: *Quando podrá la esclavilla dar alcance à sus Amas, y Señoras?* En esta estimacion las tenia por la Carta de Esclavitud, que avia hecho, à todas las criaturas, y queda escrita en otro lugar. Quando le parecia no aver tratado con el debido aprecio à alguna, ò averle dado disgusto, luego tomaba una recia disciplina, como si en castigo la recibiera de mano de la persona; y despues se ponía delante de ella, era con tal verguenza, como si en realidad assi huviera sucedido.

Uno de los mas heroycos grados de esta virtud es, quando con el mismo semblante se reciben los ultrages, y desprecios; como los aplausos, y alabanzas. Esto fue siempre continuo en la Madre Maria Anna. En su casa, y en la Religion, por muchos años fue con exceso despreciada, perseguida, y ultrajada; quedando siempre tan serena, è inmutable, que se persuadian à que era nacido de que nada entendia. Y si alguna vez hablaba de

esto con alguna Confidente, era diciendo, que mucho mas merecia. En el torno solian personas, ò menos advertidas, ò llevadas del afecto, decirle, que era Santa, que no avia otra mas prudente, discreta, liberal, y de talento. Solian correrse las otras que estaban presentes; y la Sierva de Dios tan inmutable, como si no habláran con ella. Si alguna Religiosa con gracia le decía, Madre, que tal? La miraba, y solo se sonreía, y en saliendo ni se acordaba, como si tal cosa huviera oido. Tan desembarazada, como ella misma, dexó escrito en el modo de exercitar con provecho el oficio de Prelada, donde dice, procure desembarazarse de los parabienes, y alabanzas: porque las oirá, aun de personas, que no la conocen. De Maestra se esmeraba mas con las mas cortitas. Tenia especial amor à las de velo blanco, por ser de estado mas humilde; y en una enfermedad, que se lo pusieron, aun siendo Priora por serle dañoso el negro, dixo, que si lo huviera sabido, no huviera escogido otra cosa, que el ser Leguita. Hizo voto de humildad, y con la direccion de su Confessor hacia muchos actos interiores, y exteriores humillaciones; tanto, que en estas fué necesario irle à la mano siendo Superiora. Concedióle Dios confirmarla en esta virtud, assi como en la gracia, para que nunca las perdiera. Un dia del humilísimo San Francisco de Borja estando en oracion le rogaba al Santo le consiguiera de Dios, aquel grado de humildad, que tuvo en esta vida. Experimentó un genero de vision, en que le parecia estar en el Cielo, y que el Santo levantandose de su asiento, se ponía de rodillas ante la Augustissima TRINIDAD, y puestas las manos le pedia, que le concediesse la petition, que avia hecho. Volvió en sí muy consolada, como que sin duda el Santo se la conseguiria.

San Borja todos los dias tenia la primera hora de

Oracion sobre el conocimiento proprio. La Venerable Madre siempre comenzaba la Oracion, y aconsejaba à sus Novicias, y à quantas podia, que lo hiciessen pensando en su nada. San Borja lloraba el Jueves Santo; porque JESVS le avia quitado su lugar con arrojarle à los pies de Judas para lavarlos. La Madre Maria Anna hablando con una Religiosa con intimidad; le dixo: Hija, como te llegas al Amado? Le respondiò, me llevo à mi Señor con el acto de humildad mas profundo: que puedo. Pues yo hija me llevo à mi Dios, y me estoy siempre en su presencia en el lugar ultimo, è infimo; en aquel lugar, que al saber de Dios, es el ultimo, y mas inferior, donde no puede alcanzar la criatura, le ruego à mi Señor me conceda esta virtud; y en este lugar, y conocimiento me quedo, y me miro. Con esta continuada mira en quanto hacia relucia la humildad: si entraba en Exercicios, alguna hora del dia se tiraba en el muladar como la vasura de su casa. Hasta que alguna, que lo presumia, la sacaba de èl. Se ponía delante de Dios con la boca llena de heno, ò paja; para como un Jumento estarle siempre con el Señor. Si hablaba, eran mil alabanzas de la humildad, expressando el poco trabajo, que nos debia costar esta virtud, con solo pensar, que somos concebidos, y nacidos en pecado; ingratos, y miserables. En sus apuntes respira siempre la pena, y amargura por sus gravissimos pecados; con ser que solo avian sido muy ligeras, y menudissimas imperfecciones. Lloraba de continuo sus ingratitudes, y malas correspondencias; aun quando avia procurado ser la mas fiel, y exacta en todo. Se tenia por hormiguita, ò gusanito, y aun le parecia mucho; porque no avian ofendido à Dios, y ella sí: y porque aunque arastrandose, y con lentitud caminaban adelante; pero ella sin adelantar un passo en el servicio de Dios, aun quando se

se remontaba mas su espiritu. Temia lo muy desnuda de meritos que avia de comparecer ante Dios, quando todos la veían adornada, y rica de virtudes. Si la escribian, consultaban, ò pedían direccion, decia à las que estaban delante, que respondiessen ellas, ó que si quiera le abriessen camino, para hacerlo: por mas que se escusassen, les instaba hasta que conseguia pusiessen algunas razones, y luego proseguia tan al caso, como ilustrada del Cielo: en acabando les llevaba lo que avia escrito para que se lo corrigiessen. Todo esto lo hacia tan de veras, y con un corazon tan sensillo, que les sacaba las lagrimas, à quantas la oían. Quanto mas desde el principio ahondò en el conocimiento de su nada; tanto mejor practicò siempre, y con todos sus primores esta virtud.

CAPITULO II.

De la recta intencion, con que siempre obrò.

Es la recta intencion en lo espiritual, lo que el Sol para el Universo, y la potencia visiva para el mundo abreviado del hombre: aquel todo lo ilustra con sus luces; esta conduce al concierto de las humanas acciones. La recta intencion anima todas las obras, y las eleva à ser muy meritorias. Es un facil atajo para subir en breve à la perfeccion. Por esto sin duda se lo encargò su Magestad al Patriarcha Abraham, que anduviesse siempre en su presencia, y con esto sería perfecto; porque quien tiene à Dios presente, no puede menos, que enderezar à èl todas sus obras, y estas animadas con tan noble espiritu, eleva la fabrica hasta el Cielo. Siempre

pre la intencion, que tuvo la Sierva de Dios en quanto hacia era la mayor gloria de Dios, el servir, y complacer la divina Magestad, imitando en esto al glorioso Patriarcha S. Ignacio de Loyola, de quien dice la Iglesia, que en todo solo buscaba la mayor gloria de Dios, por amarle, por servirle, por agradarle. Esta era la intencion de la Madre Maria Anna en quanto emprendia, y obraba. Todos los escritos, que son muchos, no respiran otra cosa, que el mayor servicio, complacencia, y agrado de la Magestad divina. Sus apuntes estan à cada passo mezclados de alabanzas de Dios, accion de gracias por sus liberalidades, misericordias, y beneficios: Deseos fervorosos de que este mismo sea el empleo de todas las Criaturas: repetidos convites, con que à imitacion del Profeta Rey, las convoca à todas, para que incessantemente le alaben, y glorifiquen. Si encontraba alguna, era para pensar en las virtudes, que en ella reconocia, para alentarse à imitarlas. Quando la saludaba, lo hacia preguntando, como amaban, ò si amaban mucho à Dios? Si platicaba en publico à la Comunidad, ò en particular algunas, siempre lo encaminaba todo à el Amado. Sola por los ambulatorios en continuas Jaculatorias, que de solo oirlas, se llevaban consigo los corazones, y almas à el Esposo. Era su acotumbrado repetido dicho: Amor divino, anda camino. Caminando siempre sin parar de esta manera su Alma, è intencion à su amado Dios. Sola en su celda toda embobada en afectos, y alabanzas del Criador, como la hallaba qualquiera de las Religiosas, que la buscasse; y tan entregada, y actuada, que costaba trabajo el que se pudiesse tratar de otra cosa. En el torno miraba en los pobres à Christo, à los proximos procuraba de todas maneras encaminarlos à su ultimo fin, y à las Religiosas descuidarlas en sus encargos, para que mejor atendiesen à el negocio

gocio principal de darse à Dios. Todos los lugares los tenia marcados con proprias, faciles, y expressivas divisas, que le llamassen la atencion, para que su intencion se empleara toda en agradecidos recuerdos, y tiernas memorias de su Redemptor. Los ambulatorios, la calle de la amargura: el Cenaculo, el Refectorio: la celda, el Aposentillo: la escalera las que subió, y bajó JESUS en casa de Pilatos: la reja, quando fue examinado por los Juezes: las oficinas, las casas donde fue llevado JESUS: el Coro, el Monte Tabor: en el patio, el lugar donde fue el Señor azotado. Las vestiduras proprias se las ponía, y las miraba todo el dia, como si fueran las del amado Esposo JESVS. Los dias de la semana repartidos por los diversos lugares, en que morò, y anduvo el Señor. Quanto hacia con las enfermas, moribundas, y difuntas, era su intencion empleada unicamente en unguir, cuidar, y assistir à el Amado de su corazon.

En todos los objetos, que se le ofrecian à los ojos, no solo descubria en ellos señas, y vestigios del Amado; sino que percibia las voces, los gritos, que le daban, de que lo amasse, sirviessse, y adorasse. Salia de noche despues de cenar à visitar las puertas, y mirando à el Cielo solia poner la mano sobre el hombro de la Religiosa, que le acompañaba, y como recordandola le decia: hija mira esas estrellas, que te dicen? No las oyes? No las ves? Como nos hablan, y gritan la hermosura de su Hacedor, que lo amemos, y nos derritamos en su amor. Estas mismas voces, y gritos, les oía dar à las plantas, à las yerbas, y à los arboles en la huerta; y aun por esso siempre que podia, como que se escapaba de entre las cosas, y negocios, y se iba à darle una buelta, y esto solia hacer diez, ò doce vezes cada dia, llevada de la voz del divino Espiritu, que nos tiene dicho por boca de David, que to-
da

da la amenidad hermosa, y hermosura amena del campo, se halla en Dios con eminencia. Podia ser conocida de todos la Venerable Madre Maria Anna, por las mismas señas, que daban de San Ignacio de Loyola, aun aquellos que por el nombre no le conocian. Estos lo llamaban, y daban à conocer por aquel Padre, que habla siempre de Dios, y mira à el Cielo: assi nuestra Venerable no sabia hablar de otra cosa, ni podia contenerse, sin fixar à menudo en el Cielo los ojos. Donde està el Rey està la Corte; porque esta lo sigue, y no puede separarse, y dō le esta el corazon, consigo se arrebatara los sentidos todos. Si esto era en todas partes, què seria en el Coro rezando? Toda ella en la compostura; en la exaccion de las mas menudas acciones, en la reverencia, en las inclinaciones, y postraciones; en la fervorosa expressiō de cada palabra; en lo encendido de su rostro daba bien à conocer qualera su intencion. Què pura! què recta! què elevada, y unida con la de los Espiritus Angelicos, y las de todos los Cortesanos Celestiales! desseando, que todo su cuerpo fuesse un conjunto de lenguas, y todas unidas con las que se dexaron ver, en el Cenaculo sobre los Apostoles en el dia de Pentecostès, para alabar à su Dios. Què seria à el comulgar? Solia llegar palida, descolorida, macilenta yà por el temor, y respeto: yà por el conocimiento de su indignidad, y de su nada: ò bien transida con el hambre, y desfallecida con la sed, de comer à aquel Pan de Angeles, y beber aquella agua saludable de vida eterna. Pero cómo se apartaba? Encendida, rosagante, y vigorosa, como que toda se hallaba endiosada. De la Oracion, què diremos? Baste decir por aora, que una tosida, ó una respiracion algo mas fuerte de lo comun, era bastante para causar recogimiento, fervor, y entrada, en las que antes estaban distraidas, secas, ò repugnantes.

Las

Las rejas, el torno, y aun las cosas mas adversas no tenian poder para desquiciar un punto aquella atencion fixa, è intencion recta; porque como una abuja muy bien tocada à la piedra imàn, ni los movimientos de los recios temporales, ni los apacibles de la bonanza, y aires favorables; ni las diversas maniobras en el menear las velas, ni los impetuosos embates de las olas hacen, que pierda jamàs de vista el norte, sino que siempre fixa la observa. Assi aquella intencion toda, y siempre puesta en Dios, ni las alabanzas, ni los pesares, ni la variedad de conversaciones, y negocios, la podian hacer declinar un punto del divino norte, à que sin cessar atendia en todo. Lo mismo era salir de la reja, apartarse del torno, ò pasar la nube que descargaba tempestuosos uracanes de afliccion, ò persecucion; quando como si saliera de la oracion mas retirada, sin acordarse de lo prospero, ni de lo adverso; solo respiraba afectos tiernos, Jaculatorias fervorosas, y suspiros amantes à su Señor. Casualmente viò una Religiosa, que otra iba con la Sierva de Dios por un ambulatorio, afligiendola terriblemente, diciendole muchos pesares, y tratandola pesadissimamente tanto, que compadecida determinò seguirlas, para que si entraban en la celda de la Madre Priora entrar ella como que iba à negocio, y con esto impedir aquella terrible congoja à la Madre Maria Anna. A el emparejar por su celda se entrò la Sierva de Dios, y la otra se passò de largo: Inmediatamente entrò la Religiosa, que las seguia, y quando pensò hallar muy afligida à la Venerable Madre, la viò con el rostro encendido, que repetia: *Sopla amor divino, sopla*. Dixole: Madre, què soplos de amor divino son estos? Porque lo que yò hé oido, no son soplos de amor, ni apetecible, libreme Dios de ellos. Volviò à mirarla la Madre Priora mansa, dulce, y apacible, y sonriendose la

Tom. I.

X

divin.

divirtiò con decirle: *ay qué boberias de mi hija?* Esta paz, y tranquilidad en las mayores borrascas es la mejor prueba de la firme persistencia de un corazón puesto en Dios, y de una intencion recta, y fixa en el Señor; mucho mas queda dicho en el Capitulo once del Libro segundo tratando de sus propositos, donde se explica claramente la intencion pura, y recta que siempre tuvo, y expresó diciendo: „ Veisme aqui Señor mio con firme resolucion de seguirte, amarte en todo tiempo, lugar, y ocasion. „ Tú sabes el ardentissimo deseo, que cada dia enciendes, y avivas mas en mi alma de servirte con todas veras, ayudame, favoreceme, y dame tu gracia, para que assi lo haga, y que dandome tú la mano, no vuelva atrás por mi gran malicia, negligencia, y flaqueza. „ Te prometo, dueño, y Señor mio, perder mil vidas si tantas tuviera, y exponerme à todo trabajo, hasta à el Infierno si esto fuera possible sin pecado, antes que cometerlo, no solo grave, pero ni la mas leve imperfeccion advertidamente. Esta era su intencion, y en su confirmacion solo apelaba, como el Apostol San Pedro, quando mas desengañado, à el saber divino, y conocimiento del mismo Dios.

CAPITULO III.

De las quatro virtudes Cardinales.

Echados los cimientos de humildad, y taraceada la elevacion del espiritual edificio con la pureza de intencion; se sigue levantar robustas columnas sobre solidas vasas, que puedan sostener la sumptuosa Fabrica. Las quatro principales virtudes, dice San Bernardo, que son las quatro Columnas, sobre que se levanta

ta esta machina; y aun por esto se llaman Cardinales; por que son como los quicios de la perfeccion. La primera es la prudencia, esta es la reguladora de todas las demás virtudes, y assi por el mismo caso, que en las otras se experimente ser heroycas, es forzoso, que la prudencia lo sea. Es la sal que todo lo sazón, y para sazónarlo todo de suerte, que se proporcione à muchos, y diversos paladares, bien se echa de ver, quan heroyca deba ser la prudencia: aun por esto el grande San Antonio Abad en aquella conferencia espiritual, en que se preguntò, qual fuese entre las virtudes la mas necessaria, despues de oír variedad de pareceres, el suyo fue, que lo era la prudencia, porque esta enseña à elegir el medio entre los extremos, que casi siempre son viciosos. Sabia bien todo esto la prudentissima Madre Maria Anna, y por esto repetia frequentemente en sus platicas: *Qué gran virtud Madres, è hijas mías, qué gran virtud es la prudencia!* Desde sus primeros años fue tan prudente, que todo su empeño era el conseguir su ultimo fin para que avia sido criada, que es servir, y amar à Dios en esta vida para despues verle, y gozarle en la otra. Para esto tomó siempre los medios mas oportunos, y eficaces. La frecuencia de Sacramentos acudiendo à estas fuentes de la gracia, para mantener, y aumentar la que recibió en las aguas del Baptismo. Tener siempre Director, y Padre Espiritual, que la encaminasse, y cuidasse; porque nunca es mas verdadero el dicho, que no es prudencia verdadera el fiarse de su propia prudencia, que en el manejo de la conciencia. Son los Estados senderos, ò caminos para el Cielo, si se toman con acierto, y se andan con cuidado. Entre estos escogió el mejor, qual es el de Religion, consagrándose por Esposa de Jesu-Christo, y religándose quanto pudo con su Esposo.